

¿Cómo veré del alma los abrojos
 Hechos flores, si tú no me despidas?
 Déjame verme en tus radiantes ojos
 Por un momento. . . . aunque después me olvides.

A la sombra otra vez me iré contento
 Si lágrimas de amor tu rostro bañan,
 Solo estaré; mas no en el aislamiento:
 Tu nombre y mis ensueños me acompañan.

¿Mis versos te entristecen? No los mires.
 ¿Mis flores te hacen mal? Deja mis flores.
 Yo nunca quiero que por mí suspires,
 Ni que al pensar en el pasado llores.

Aunque mi amor por estallar se afana,
 Una frase no más decirte pido,
 Y es la de ayer, la de hoy, la de mañana:
 Que nadie cual te quiero te ha querido.

Adiós, adiós! el porvenir te espera,
 Serás dichosa y vivirás en calma, . . .
 Hoy que lejos estás, ¡cómo quisiera
 Cual te mando un recuerdo, enviarte el alma!

Tepic, mayo 12 de 1889.

EN ALAS DEL DOLOR.

Al cruzar de la vida los abrojos
 Siempre he buscado lo que al cielo sube.
 Si tienen muchas lágrimas mis ojos
 No tiene mi conciencia ni una nube.

Instintos viles y pasiones malas
 A mi tranquilo corazón no atraen;
 Siento, al subir de mi deber en alas,
 Una inmensa piedad por los que caen.

A mí no llegan ya las placenteras
 Notas de serenata en coro alado;
 Sólo vibran en mi alma las severas
 Armonías del órgano sagrado.

Y, traspasado de dolor intenso,
 Del mundo al ver el incesante dolo,
 Como San Agustín sufro un inmenso
 Deseo de llorar y verme solo.

Yo nunca rindo á la venganza culto,
 Juzgo todo con ánimo clemente,
 Y mientras más villano es el insulto
 Más honda compasión mi pecho siente.

La vil calumnia y la cobarde envidia
Siempre al fin en el fango se han hundido:
Más grande es la piedad que la perfidia
Y triunfa de la cólera el olvido.

Yo que río si mi alma se destroza
Y ahogo los arranques de la ira,
Sufro al mirar un niño que solloza
Y lloro al ver un hombre que suspira.

No niego al adversario un beneficio
Y siente mi alma, en su tristeza adusta,
Un varonil amor al sacrificio
Y un odio austero á la victoria injusta.

Tepic, mayo 13 de 1889.

RECUERDOS.

I.

¿Será al fin cierto que el amor existe,
Será verdad su plácido consuelo?
Y que podremos en la tierra triste
Hallar por el amor algo del cielo?

Que no hay amor me dices
Con esos labios rojos;
Mas si ellos dicen *no*, los contradices
Con la muda elocuencia de los ojos.

II.

Si amores nuestros pechos atesoran,
Sin decírmelo tú, mi dicha labras.
Cuando hay dos corazones que se adoran,
¿Acaso han menester de las palabras?

III.

Cuando, solo y doliente, en noche umbría
Siento de pronto plácido embeleso,

No sabes tú lo que es? Es, vida mía,
Que se unen nuestras almas en un beso.

IV.

La vaga melodía
Que en mi oído resuena,
Es para el alma mía
Grata como placer, triste cual pena.

Nuevos dolores, al oír, auguro;
Que trae al corazón con su sonido,
Tristes recuerdos del amor perdido,
Tristes presagios del amor futuro.

V.

Lo que es para las flores
La dulce primavera,
Fuiste tú para mí, niña hechicera.
Si la estación florida
Les presta nueva vida
Y les vuelve sus vívidos colores,
A más ¡oh niña! tu poder alcanza:
Mi corazón volviste á los amores,
Y le diste otra vida, la esperanza!

VI.

¡No sé por qué más bello encuentro al mundo,
No sé por qué más bueno encuentro á Dios!
¿Por qué soy tan feliz? ¡Ah, lo comprendo!
¡He sentido el amor!

VII.

Ví cruzar dos palomas por el viento,
Juntas, llenas de amor, iban las dos;
Me ví en el mundo solitario, y tuve
Envidia de su amor.

¿Por qué estoy yo tan solo y juntas ellas?
Dije; y tu dulce acento murmuró:
¿Buscas una alma hermana de la tuya?
¡Tu alma hermana soy yo!

VIII.

Dicen que amar es vivir
Aquellos que ya han amado;
Mas debieron haber dicho
Cómo arranca el amor llanto.
Es cierto, amar es vivir;
Pero ¡ay! es vivir llorando!

IX.

Cuando yo iba, niña bella,
A declararte mi amor,
Vagos presagios de muerte
Sentía mi corazón.
Tú dirás que me engañaron
Supuesto que vivo estoy;
Pero á mí el presentimiento
Nunca, nunca me engañó:
Desde el día en que insensible

Olvidaste tú mi amor,
Aunque ves que vivo y río,
Tengo muerto el corazón.

X.

Ingrata! porque yo te amaba tanto
Quieres que tus desdenes sufra necio.
No te amo ya! soberbio me levanto,
Y te vuelvo desprecio por desprecio!

XI.

Cuando en la triste pradera
Las flores mustias están,
Y acaba la primavera,
Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan
De primavera las galas,
Y las golondrinas tornan,
Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones
En el pecho sólo espinas,
Del alma las ilusiones
Se van, cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma
Anhelamos con afán;
Las golondrinas del alma
Nunca, nunca volverán!

XII.

¡Cuál nos encantan las ilusiones
De amor y gloria que abriga el alma,
Que son tan puras como el rocío,
Y cual perfume son regaladas,
Y son tan blancas como la espuma,
Y tan suaves como las auras!

Mas si como ellos tienen encantos,
Pronto como ellos también acaban;
Que esos encantos sólo un momento
Duran, y luego por siempre pasan,
Como el rocío, como el perfume,
Como la espuma, como las auras!

XIII.

Como nadie conoce mis dolores
Me dicen que no tengo corazón,
Ay! el que no le tiene nunca llora;
¡Y estoy llorando yo!

XIV.

Yo quiero almas infames y altaneras
Antes que almas infames y serviles;
Se puede perdonar á las panteras;
Pero no á los reptiles!

Sin amor y sin odio al fin me quedo;
Mas no esperes perdón del alma mía;

Yo todo, todo perdonarte puedo,
Menos la hipocresía!

XV.

Si á otro ser con el alma se ha querido
Y se encuentra el amor ya satisfecho,
Cuando se borra la pasión del pecho
La tumba del amor es el olvido.

Mas, si de una pasión avergonzada,
Trueca el alma su amor en menosprecio,
Cuando el ser adorado se degrada
La tumba del amor es el desprecio.

XVI.

Mírame fijamente!
¿Por qué tiembles así, por qué te humillas?
Pálida de dolor tengo la frente,
Tú, rojas de vergüenza las mejillas.

Ni siquiera mereces mis rencores,
Y yo prefiero, aunque el pesar me venza,
La noble palidez de los dolores
Al candente rubor de la vergüenza.

XVII.

La culpa cuya mancha en tí se mira
Es de aquellas que nunca se redimen,
Que lástima producen y no ira.
¡Tal vez te hubiera perdonado un crimen;
Pero no te perdono una mentira!

XVIII.

Me alejé de su lado
Llorando como un niño,
Y en la inmensa explosión de mi cariño
Rugí desesperado,
Cual Lucifer del cielo despeñado.
En medio de mi afán, quiso el destino,
Ese eterno burlón, darme la enmienda;
De mis ojos quitó la espesa venda,
Y ví que era mi amor un desatino.

Viendo con la razón ya despejada
Que el melodrama aquel era muy soso,
Sentí el alma de pronto alborozada,
Y jamás á dolor más espantoso
Ha seguido más recia carcajada.

XIX.

Perdida ya mi dulce bienandanza
Y atado para siempre al sufrimiento,
¿A qué pedir en lánguido lamento
Un mentido placer que no se alcanza?

Mi alma á un abismo de dolor se lanza
A veces con terrible desaliento,
Y en el inmenso horror de mi tormento
Ha llegado á cansarme aún la esperanza.

Más vale hundirse en lúgubre marasmo
Que ver ansioso al corazón ardiente
Esperar anhelando una quimera.

¿No es acaso un estúpido sarcasmo
Esperar, esperar eternamente,
Para nunca alcanzar lo que se espera?

XX.

Dios con palabra de consuelo llena
Siempre un inmenso amor ha perdonado;
Dijo á la pecadora Magdalena:
"Te perdono, ve en paz, mucho has amado"

Y la mujer, ese átomo mezquino,
Contra el que más ha amado más se encona.
¡Y la vil criatura no perdona
Lo que perdona el Hacedor divino!

XXI.

Sé que me olvidas, que jamás me nombras,
Que, mientras sufro vives en el gozo,
Y mi triste lamento es el sollozo
De una alma que agoniza entra las sombras.

Mirando que mi dicha se derrumba,
Espero, resignado y dolorido,
Que me envuelvan las sombras de la tumba
Como me envuelven ya las del olvido.

XXII.

El miedo se demuestra
Con voces suplicantes;
En irritados gritos
Desfógase el furor;

Se expresa la amargura
En notas sollozantes;
Amor se manifiesta
Con besos palpitantes;
Y en lágrimas ardientes
Exhálase el dolor.

Cuán triste es el callado
Tenaz remordimiento,
Que, al par que pena, causa
Vergüenza al corazón;
Que, cual gusano impuro,
Corroe el pensamiento;
Que en su amargura inmensa
No exhala ni un lamento:
Y que desprecio inspira
En vez de compasión!

XXIII.

Entregado á merced de mi destino
Indiferente sigo mi camino,
Pájaro errante que su nido no halla,
Flor marchita que arrastra el torbellino,
Ola que va sin encontrar la playa . . .

XXIV.

Nos amamos; ninguno lo decía,
Porque se alzaba entre mi amor y el tuyo
La montaña de nieve del orgullo,
Que el sol de la pasión fundir debía.

Al fin nos olvidamos;
Ni te conmuevo ya, ni me conmueves.
El sol de amor ha muerto, y nos hallamos
En la región de las perpetuas nieves.

XXV.

¡Ni lágrimas, ni risas,
Ni sentimiento. . . . el corazón vacío!
Nada á alegrarme ni á afligirme alcanza;
Ya muertos el recuerdo y la esperanza
Sólo vegeto en indolente hastío.

Aquel cariño ardiente,
Que iluminó las sombras de mi mente,
Y fué motivo de placer un día,
En olvido se trueca;
Murió en mi corazón como la planta
Que por falta de riego quedó seca.

XXVI.

Como en cielo negrísimo sin calma
Suele lucir relámpago violento,
Brilla á veces la dicha de un momento
En la noche infinita de mi alma.

Mas así como luego que se extingue
La luz de ese relámpago radiante
Nos causa más pavor la noche umbría;
Así tras de la dicha de un instante
Se acrecienta el dolor del alma mía.

XXVII.

Llega á veces en medio del tormento
Esa esperanza que el mortal prefiere,
Cual llega al hombre que asfixiado muere
La salvadora ráfaga del viento.

Bien sé que esa esperanza me presenta
Tan sólo una imposible bienandanza;
Y, empero, esa mentira me contenta:
¡Es tan dulce mentira la esperanza!

XXVIII.

Quiero que eternamente mi recuerdo
En tu alma palpite;
No me ames. . . . aborreceme si quieres;
Pero nunca me olvides!

XXIX.

Quizá el alma, del cuerpo desprendida
Allá en el cielo olvidará su encono.
No sé lo que he de hacer en otra vida:
Pero en esta ¡por Dios! no te perdono.

XXX.

Ya venciste, dolor! mis dichas pierdo!
Pero no á todo tu poder alcanza;
¡Tú pudiste robarme la esperanza;
Mas robarme no puedes el recuerdo!

XXXI.

Cuando miro las flores en el suelo,
 Cuando miro los astros en la altura,
 La misteriosa voz de la natura
 Me habla del más allá; pienso en el cielo;
 Y en que, borradas del dolor las huellas,
 De una vida mejor á los albores,
 Mi cuerpo irá á perderse entre las flores,
 Mi alma entre las estrellas!

XXXII.

Con la base perdida entre nubes
 La montaña se eleva á lo lejos;
 Mas sobre ellas la cumbre se mira,
 Cercana á los cielos.

Así envuelven á mi alma cual nubes
 El afán, la tristeza, el recuerdo;
 Mas sobre ellos está la esperanza,
 Cercana á los cielos.

XXXIII.

¡Los elementos en guerra,
 Yo hundido en siniestra calma,
 Todo obscuro! Ver me aterra
 Tiniebla horrible en la tierra,
 Tiniebla horrible en el alma!

Mañana el alba encendida
 Espléndida luz dará;

Mas no habrá luz en mi vida;
 Que la esperanza perdida
 Ya nunca más brillará.

XXXIV.

Viéndola en mi delirio harto inocente,
 Llena de un esplendor nunca igualado,
 Preguntaba, de dicha enajenado:
 ¿Cómo puedo no amarla eternamente?

Pude al fin conocer á la inconstante,
 Contemplé mi ideal desvanecido,
 Y ahora me pregunto sorprendido:
 ¿Cómo pude quererla un solo instante?

XXXV.

Nos amábamos mucho. ¿Lo recuerdas?
 Nos separó la suerte; y se encontraban
 Muy lejos nuestros cuerpos,
 Muy cerca nuestras almas!

Después volviste, y en infausto día
 Nuestro amor acabóse; y hoy se hallan
 Muy cerca nuestros cuerpos,
 Muy lejos nuestras almas!

XXXVI.

Renace en mí la bienhechora calma
 Con la divina luz que tú destellas;
 Y brillan los recuerdos en mí alma
 Cual brillan en la noche las estrellas.

XXXVII.

Entre las sombras de la noche oscura,
 Cuando al cuerpo el espíritu abandona,
 Yo siento que mi alma te perdona
 Y que vuelve á adorarte con locura.

Unir nuestro destino
 Aquí tal vez el mundo nos impida,
 Y cada cual irá por su camino
 Al término postrero de la vida.

Mas siento que, del mundo desligadas,
 Nuestras dos almas cumplirán su anhelo,
 Que, si aquí se apartaron indignadas,
 Se unirán, adorándose, en el cielo.

XXXVIII.

En mi barca la muerte me guía,
 La tumba es el puerto, la vida es el mar.
 Boga, boga, remera sombría!
 Ay! ¿cuándo en el puerto podré reposar?

XXXIX.

Por una extraña suerte
 Odio y amor en mí se han confundido;
 Como debo despierto aborrecerte
 Te idolatro dormido.

Olvidarte no puedo,
 Mi sér en vano por odiarte lucha,
 Y te hablo de mi amor, quedo, tan quedo,
 Que ni mi propio corazón me escucha!

XL.

Me amabas, y las rimas cadenciosas
 Salían dulcemente de mi alma,
 Como brotan, corriendo entre las flores,
 Del manantial las cristalinas aguas.

Me olvidaste, y mi ruda poesía
 En ardiente explosión surgió indignada,
 Como brota con ímpetu tremendo
 De encendido volcán hirviente lava.

XLI.

Dulce preludeo de la armonía
 Que eleva el ángel allá en la altura,
 Botón fragante que será un día
 La flor hermosa de la ventura.
 De almas sombrías yo soy la estrella,
 Yo soy la dicha que aún no se alcanza,
 Y que por eso se ve más bella:
 Soy la esperanza!

Vago perfume de rosa yerta,
 Eco de un himno que ya ha cesado,
 Ultimo beso de dicha muerta,
 Flor en la tumba de lo pasado.
 De la memoria soy el latido,
 De muertos días la luz no pierdo,
 Soy el reflejo del bien querido:
 Soy el recuerdo!

Flor incolora, mas sin espinas,
 Cielo sin rayos, pero sin nieblas,

Aguas sin ondas, mas cristalinas,
 Noche sin astros, mas sin tinieblas.
 Soy la ceniza de los amores,
 Dulce beleño del pecho herido,
 Soy la mortaja de los dolores:
 Soy el olvido!

XLII.

Yo grande te adoré . . . pequeña fuiste . . .
 Perdonar la caída es poco amar.
 Tú para mí ya has muerto, y te amé tanto
 Que nunca, nunca te he de perdonar.

XLIII.

A solas en mi pecho se levantan
 Los dormidos recuerdos de tu amor,
 Cual pudieran los muertos levantarse,
 En su callado y triste panteón.

¿Por qué si nuestra historia ha terminado
 Si tú me olvidas, te recuerdo yó?
 ¡No mereces mis lágrimas, y, empero,
 En llanto se deshace el corazón!

Como la cruz los mártires buscaban,
 Recordándote, busco la aflicción.
 Te quise tanto, que amo mi martirio
 Porque de tí me viene mi dolor.

XLIV.

Boguemos! la noche es oscura;
 Estalla furiosa borrasca;

Avanza en un mar formidable,
 Perdida en las sombras, la barca.

Boguemos! la lucha es hermosa!
 No quiero una estúpida calma.
 Luz, luz! que los rayos tronando
 Disipen la sombra pesada!

¿Qué importa que el fuego destruya,
 Si alumbra su fúlgida llama?
 ¡El rayo prefiero á la sombra,
 Prefiero el dolor á la nada!

XLV.

Ya que ahora me entregas al olvido,
 Cuando al fin mires mis despojos yertos,
 Que vengas junta á mí, por Dios te pido;
 Nadie estará celoso de los muertos.

Ven á mi fosa cuando yo sucumba;
 Lloro un poco por mí: ¡te quise tanto!
 ¡Crecen tan bién las flores de una tumba
 Cuando las riega cariñoso llanto!

XLVI.

Fué tan horrible el desengaño impío
 Que tengo el corazón despedazado;
 Pero con tanta gracia fui burlado
 Que de mi propia candidez me río.

Con la extraña inquietud que me devora
 No sé qué hacer en mi delirio ciego,

Si morir de una risa abrumadora,
O deshacerme en lágrimas de fuego!

XLVII.

Recuerda que en tus horas de amargura,
Cuando yo supe que llorabas tanto,
A costa de una inmensa desventura
Compré el derecho de enjugar tu llanto.
Cuando ufana tu dicha sonreía
No te pedí ni bienestar ni calma;
Jamás el esplendor de tu alegría
Iluminó las sombras de mi alma.

Yo nunca hasta tu luz subí á buscarte;
Mas cuando á mi tiniebla tú bajabas,
Siempre encontraste un corazón amigo,
Al que en premio de amarte sólo dabas
El dulce gozo de sufrir contigo.

XLVIII.

La vieja catedral cubre la nieve,
Cual inmenso sudario,
Y, empero, allá en el fondo del santuario,
La ferviente oración tiende su vuelo,
Y las olas de mística armonía
Se remontan al cielo.

Así á mi corazón entristecido
Ahora cubre el hielo de tu olvido;
Pero en su fondo, como en otros días,
Resuenan celestiales armonías
Y es un himno de amor cada latido.

XLIX.

En esas horas de éxtasis incierto,
En que oye el alma santas armonías,
Yo no sé si dormido ó si despierto,
Te vuelvo á ver como en aquellos días.

Si en sueños solamente
Te puedo ver en mi amoroso empeño,
Venga la muerte con su eterno sueño
Para poder mirarte eternamente!

L.

No lo quiero negar, soñé yo un poco
Del genio con la palma;
Y, en mis momentos de entusiasmo loco,
Tuve alas en el alma.

De mi vida, el amor hizo un gran sueño;
Torrentes de pasión lancé anhelante;
Luego un sér ideal forjé en mi empeño,
Y yo no sé qué mundo deslumbrante

. . . . Hoy todo ha concluido!
Cuando Dios, que al que llora recompensa,
Se apiade, al fin, de lo que yo he sufrido,
En silencio me iré como he venido;
Quiero en la sombra entrar: ¡tengo una inmensa
Necesidad de olvido!